

# MIRADAS DE MUJER

VIAJERAS  
FRANCESAS  
POR LA ESPAÑA  
DEL SIGLO XIX

BIBLIOTECA DE ESCRITORAS



CASTALIA  
EDICIONES



# MIRADAS DE MUJER

VIAJERAS FRANCESAS POR LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX





BIBLIOTECA DE ESCRITORAS

DIRIGIDA POR  
NIEVES BARANDA LETURIO

50

MIRADAS  
DE MUJER  
VIAJERAS FRANCESAS  
POR LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX



EDICIÓ N DE  
FRANCISCO LAFARGA

  
CASTALIA  
EDICIONES

Castalia participa de la plataforma digital [zonaebooks.com](http://zonaebooks.com).  
Desde su página web [www.zonaebooks.com](http://www.zonaebooks.com)  
podrá descargarse todas las obras de nuestro catálogo disponibles en este  
formato. En nuestra página web [www.castalia.es](http://www.castalia.es) encontrará el catálogo  
completo de Castalia comentado.



es un sello propiedad de



Oficinas en Barcelona:  
Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Oficinas en Madrid:  
Castelló 24, 1º dcha.  
28001 Madrid  
Tel. 91 319 58 57  
E-mail: [castalia@castalia.es](mailto:castalia@castalia.es)

Oficinas en Buenos Aires (Argentina):  
Avda. Córdoba 744, 2º, unidad 6  
C1054AAT Capital Federal  
Tel. (11) 43 933 432  
E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

Primera edición impresa: diciembre 2011  
Primera edición en e-book: febrero 2012

© de la edición y traducción: Francisco Lafarga, 2011, 2012  
© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2012

[www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)

Ilustración de cubierta: Claude Monet: *El paseo. Mujer con sombrilla* (1875,  
detalle). National Gallery of Art, Washington DC.  
Diseño gráfico: RQ

ISBN 978-84-9740-460-0

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del  
Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes,  
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o  
procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la  
distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

# PRÓLOGO

Los relatos de viajes han constituido, desde sus primeras muestras, un elemento de información para los demás, aunque también de imagen de los lugares visitados y narrados, y de proyección de sus propios autores. Por todos estos motivos, aparte de su interés intrínseco, dichos relatos se han convertido en un conjunto de materiales de innegable interés para los estudios literarios y culturales pero también como lectura de entretenimiento.

Con todo, también es cierto que, al tratarse a menudo de escritos o bien de aficionados, es decir, de simples viajeros que deseaban dar a conocer sus vivencias, o de escritores menores, la mayor parte de dichos relatos alcanzaron una difusión relativa en su propia época, en ediciones normalmente únicas. El interés que han despertado en los últimos tiempos ha provocado la aparición de ediciones modernas, traducciones y antologías. Este ha sido el formato elegido para esta edición, que intenta ofrecer un panorama –necesariamente incompleto, aunque representativo– de textos de viajeras francesas (o que escribieron en francés) a España. Para su elección se ha tenido en cuenta diversos criterios: que fueran textos poco conocidos, que resultaran variados por los lugares visitados y que no hubiesen tenido una difusión previa en España. Por tal motivo, he prescindido de relatos como los de Mme. d’Aulnoy de finales del siglo xvii o de George Sand de mediados del xix, pues, aunque muy relevantes por la personalidad de sus autoras, son de sobras conocidos y han sido objeto de varias traducciones y estudios. Por otra parte, algunos de los textos aquí incluidos no son absolutamente inéditos en castellano, pues se han traducido ya, aunque no siempre han alcanzado la difusión deseable. El auge de la

literatura de viajes en los últimos tiempos hace cada vez más difícil ser absolutamente original y novedoso.

Los textos recopilados, catorce en total, se han dispuesto teniendo en cuenta el orden cronológico del viaje (independientemente del momento de la publicación del mismo). Todas las traducciones se han hecho para esta edición, incluso en el caso de obras que ya contaban con una versión en castellano. En el texto he mantenido en cursiva los vocablos o expresiones en español de los originales, corrigiendo la grafía en los casos necesarios; del mismo modo, he corregido varios errores en la transcripción de nombres propios.

Francisco Lafarga

# EL PASO POR ESPAÑA DE UNA DAMA DEL ANCIEN RÉGIME [1]

## MARQUESA DE LA TOUR DU PIN

Por fin, el 10 de junio avistamos el cabo San Vicente, y al día siguiente entramos en la bahía de Cádiz. El capitán, por impericia o ignorancia, había alargado por lo menos en quince días nuestra travesía, dejándose llevar hacia la costa de África, desde donde cuesta mucho trabajo dirigirse hacia el norte. Se creía tan lejos de tierra que ni siquiera había previsto que un marinero subiera de vigía al mástil. Cuando se descubrió al alba el cabo San Vicente, que es muy elevado, quedó del todo desconcertado.

Atracamos junto a un buque francés de tres puentes, el *Júpiter*: se encontraba allí con una flotilla francesa, a la que impedían salir varios navíos de guerra ingleses, superiores en número, que cruzaban a diario casi a la vista del puerto.

Un barco de sanidad, que nos había visitado, nos había advertido que deberíamos guardar ocho días de cuarentena a bordo. Preferimos eso a ir al lazareto para ser devorados por todas las variedades de insectos de que abundan en España. Si por lo menos hubiera habido un barco que fuera a Bilbao o a Barcelona, hubiésemos comprado pasaje, pues el viaje habría sido más corto, menos cansado y más económico.

El Sr. de Chambeau no había sido excluido de la lista de emigrados y no podía volver a Francia. Deseaba trasladarse a Madrid, donde tenía algunas amistades, pero nos habría acompañado con gusto hasta Barcelona, lo que le hubiese



dejado muy cerca de Auch, ciudad junto a la cual tenía propiedades.

La incertidumbre de nuestros proyectos constituía el objeto de nuestras conversaciones durante la cuarentena, que duró diez días. Habría podido prolongarse todavía más debido a la deserción de uno de nuestros marineros y a la imposibilidad, por consiguiente, de presentarse personalmente. Aquel hombre, de nacionalidad francesa, había sido hecho prisionero tras un combate con una balandra de guerra. Reconoció a otro marinero a bordo del *Júpiter*, del que estábamos muy cerca, y le habló con la bocina. Aquella misma noche pasó al *Júpiter* nadando, y cuando los empleados sanitarios procedieron a llamar a la gente, a la mañana siguiente, sólo se encontraron de él la camisa y los pantalones, que eran todas sus pertenencias. El incidente prolongó nuestra cuarentena hasta el día en que se constató que el que faltaba estaba en el barco francés.

La cuarentena casi me resultó fatal. Todo el día se acercaban a nuestro barco vendedores de fruta, y me dedicaba, junto con la Sra. Tisserandot, a bajar una cesta por medio de un cordel para obtener higos, naranjas y fresas. El abuso de fruta me produjo una terrible disentería, por lo que estuve muy enferma.

Por fin llegó el permiso para la libre práctica, como dicen. El capitán nos llevó a tierra, y nunca en mi vida he pasado por una situación tan embarazosa. Al desembarcar, me hicieron entrar con la Sra. Tisserandot en un cuartito que daba a la calle, mientras examinaban nuestros efectos con el rigor más exagerado. Nuestros vestidos de colores y nuestros sombreros de paja congregaron enseguida a una ingente multitud de individuos de todas las edades y estados: marineros y frailes, mozos de cuerda y caballeros, ansiosos todos por ver lo que seguramente consideraban como dos animales curiosos. En cuanto a nuestros maridos, los retuvieron en la sala donde se procedía a la inspección

de los equipajes. Estábamos, pues, solas con mi hijo. No tenía miedo, pero me hacía mil preguntas, en particular sobre los frailes, que no había visto nunca. Llegó un momento en que exclamó al ver pasar a un joven fraile imberbe: «Oh! I see now, that one is a woman!».

Esta indiscreta curiosidad nos determinó, a mi compañera y a mí, a vestirnos como las españolas. Incluso antes de instalar nos en la posada, fuimos a comprarnos una basquiña negra y una mantilla, para poder salir sin escandalizar a toda la población. Nos quedamos en el más renombrado hotel de Cádiz, pero su suciedad me causó tal repugnancia, acostumbrada como estaba a la exquisita limpieza de América, que de buena gana hubiese regresado a bordo.

Me acordé que una de las hermanas del pobre Théobald Dillon, asesinado en Lille en 1792, se había casado con un negociante inglés instalado en Cádiz, el Sr. Langton. Tras enviarle una nota amable, vino al instante y nos trató con mucha cortesía. La Sra. Langton se hallaba en Madrid en casa de su hija, la baronesa de Andilla, en compañía de la Srta. Carmen Langton, su hija menor. El Sr. Langton nos invitó igual a cenar. E incluso quería que fuéramos a alojarnos a su casa, pero no lo aceptamos. Yo me encontraba demasiado indispuesta como para estar incómoda y hacer cumplidos. Convinimos en que la cena se aplazaría hasta el primer día en que me encontrara mejor.

Al día siguiente de nuestra llegada mi marido llevó a visar nuestro pasaporte al cónsul general de Francia. Era un tal Sr. de Roquesante, antes conde o marqués, metamorfoseado en ardiente republicano, si no en terrorista. Le hizo mil preguntas a mi marido, y tomó nota de sus respuestas. Aquello parecía más bien un interrogatorio. Luego, sin duda para atajar un primer movimiento: «Hemos recibido hoy excelentes noticias de Francia, ciudadano, dijo. -Eso está muy bien. -Por fin han pillado al malvado de Charette y lo han fusilado. -Qué pena,

respondió el Sr. de La Tour du Pin, un excelente hombre menos». El cónsul se calló entonces, firmó el pasaporte y nos recordó que debía presentarse de nuevo en la embajada de Francia en Madrid. Luego nos enteramos cómo nos había recomendado en Bayona.

En aquella época, España, tras concluir la paz con la República Francesa, había licenciado a la mayor parte del ejército, probablemente sin pagarla. Los caminos estaban infestados de bandoleros, sobre todo en las montañas de Sierra Morena, que debíamos cruzar. Se viajaba en convoyes compuestos de varios carruajes. No se tomaba escolta militar -igual estaba conchabada con los bandoleros, antiguos soldados- pero los viajeros a caballo que se unían al convoy tenían la precaución de armarse hasta los dientes. Un convoy estaba compuesto habitualmente de entre quince y veinte carruajes cubiertos tirados por mulas.

Así salimos de Cádiz. Mi marido, mi hijo y yo ocupábamos uno de los carros, tendidos sobre nuestros jergones del barco. Debajo, en el fondo del carro, iban los equipajes, cubiertos por una capa de paja que llenaba igualmente el espacio entre los bultos. Una capota con cañas artísticamente cosidas y recubierta de una tela alquitranada nos resguardaba del sol del día y de la humedad de la noche, pues varias veces sucedió que preferimos el carruaje a la posada.

Pero me he anticipado al hablar ya de nuestra salida, pues nos quedamos ocho días en Cádiz, paseándonos todas las noches por el hermoso paseo de la Alameda, que da sobre el mar y adonde se va a respirar un poco de aire, tras haber soportado durante el día un calor de 35 grados. Mi pequeño Humbert me acompañaba y un día encontramos a un señorito de unos siete años, vestido de seda y bordados, espada al cinto, peluca empolvada y sombrero bajo el brazo. Mi hijo se lo miró muy sorprendido y luego, preguntándose si no sería uno de esos monos amaestrados que le había

llevado a ver en Nueva York, exclamó: «But, is it a real boy, or is it a monkey?».

Un espectáculo que no olvidó jamás, ni yo tampoco, fue la magnífica corrida del día de San Juan. Se ha descrito tantas veces esta fiesta nacional de España que no intentaré hacerlo aquí. El coso era inmenso y contenía entre cuatro y cinco mil personas sentadas en gradas y protegidas del sol por un toldo, a imitación del *velum* de los anfiteatros romanos. Unas bombas mojaban constantemente la tela con una lluvia muy fina que no la traspasaba. Así, aunque el espectáculo empezaba tras la misa de mediodía y duraba hasta la puesta del sol, no recuerdo haber sufrido ni un momento de calor.

Mataron diez toros de tan bella raza que habrían hecho la fortuna de un granjero americano. El matador era el primero de su rango en aquella época, un guapo joven de veinticinco años. A pesar del terrible peligro que corría, no daba a temer, gracias a su increíble agilidad, ninguna inquietud. Seguramente, en el instante en que ambos adversarios, solos frente a frente, se miran con fijeza antes que el toro se abalance sobre el torero, la emoción más intensa que pueda experimentarse embarga a todos los espectadores. Se oiría volar a una mosca. Pero hay que saber que el matador no da la estocada. Se limita a dirigir la punta de la espada sobre la cual el toro viene a arrojar él solo. Este espectáculo ha hecho época en mi vida, y ningún otro me ha dejado una huella tan profunda. No he olvidado ninguna particularidad y el recuerdo está tan presente en mi memoria, después de tantos años, como si lo hubiese visto ayer.

El día fijado para la salida dejamos que el convoy se pusiera en marcha y nos quedamos con mi marido y mi hijo a cenar en casa del Sr. Langton. Una barca, dispuesta por gentileza suya, debía llevarnos al otro lado de la bahía para unirnos a nuestra caravana en el Puerto de Santa María,

pues no estaba previsto, durante aquel largo viaje, ir más deprisa que un hombre a pie.

Estaba tan mal de la terrible disentería, complicada con fiebre, que mi marido dudaba en dejar que me fuera, pero no había medio de regresar. Nuestro equipaje ya estaba cargado y habíamos pagado la mitad del viaje hasta Madrid. Además, nuestro pasaporte estaba visado y el Sr. de Roquesante, el cónsul republicano, se habría contrariado por un retraso. Lo habría atribuido a un pretexto, ignoro el cuál, y como siempre he creído que puede superarse el dolor, sea cual fuere, a menos que se tenga una pierna rota, ni se me pasó por la imaginación quedarnos en Cádiz. Cenamos, pues, con el Sr. Langton tras asistir a la salida de nuestros compañeros de viaje, que iban a dormir al Puerto de Santa María.

Nada había más delicioso que aquella casa, puesta a la inglesa, por la limpieza y el cuidado. El Sr. Langton sólo había adoptado de las costumbres españolas las apropiadas para evitar el inconveniente de un clima ardiente. La casa estaba construida en torno de un patio lleno de flores. Tenía una fila de arcadas en la planta baja y una galería abierta en la primera. Una tela, tendida a la altura del tejado, cubría toda la superficie del patio. En medio, un surtidor alcanzaba la tela, la cual, al estar siempre húmeda, comunicaba un delicioso frescor a toda la casa. Confieso que experimenté una penosa sensación al pensar que, en lugar de quedarme en un sitio tan agradable, tenía que iniciar, embarazada como estaba de seis meses, un largo viaje con un calor de 35 grados. Pero la suerte estaba ya echada, y la salida apremiaba. Tras aquella cena de despedida subimos a la barca al anochecer y, al cabo de hora media, gracias al viento favorable, llegamos al Puerto de Santa María. Encontramos allí a nuestra caravana, compuesta de catorce carromatos y de seis o siete hidalgos, armados de pies a cabeza.

El término de la segunda jornada era Jerez, situada a solo cinco leguas. Como tenía necesidad de descansar, resolvimos que la caravana se fuera y reunirnos con ella por la noche en Jerez. Cenamos, pues, pronto en la hermosa localidad del Puerto de Santa María, y luego nos montamos los tres en una calesa, parecida a las que veo aquí en Pisa, donde escribo estos recuerdos. Nuestro carruaje estaba tirado por una gran mula. No llevaba brida, lo cual me pareció singular, aunque en su cabeza tenía un alto plumero cargado de cascabeles. Un muchacho, con el látigo en la mano, saltó con gracia sobre el pescante, pronunció varias palabras mágicas y la mula salió a un trote tan rápido como un buen galope. El camino era magnífico, íbamos como el viento, con la mula obedeciendo dócilmente a la voz de su joven conductor, evitando los obstáculos, serpenteando por las calles de los pueblos que cruzábamos con milagrosa sagacidad. Primero me dio miedo, pero luego, pensando que el uso del lugar sería ir de aquel modo, me resigné.

Una vez en Jerez, me picó la curiosidad por saber cuánto podría costar una mula como la que nos había llevado: me respondieron de sesenta a setenta luses, lo cual me pareció caro.

Al día siguiente empezó el verdadero viaje. Mi indisposición no había disminuido, pero, tendida como iba sobre un buen jergón y gracias a que la calzada era excelente, no me encontraba peor que si hubiese estado en reposo. Parábamos dos horas para comer en posadas horribles, y dos o tres veces sucedió que preferimos pasar la noche en nuestro carro antes que acostarnos en unas camas de una suciedad repugnante.

Nos acercábamos a Córdoba cuando a la pobre Sra. Tisserandot le sobrevinieron los dolores del parto, a cuatro leguas de la ciudad, en una inmensa llanura donde no había señales de lugar habitado. Dio a luz felizmente a una niña, que el mulero lavó con vino de su pellejo. No teníamos nada para cubrirla, pues la pobre madre estaba precisamente

acostada sobre los fardos en los que había puesto su ropa. No podíamos esperar; el resto del convoy se había ido, y se hallaba ya a una considerable distancia para que no resultara peligroso para nosotros quedarnos rezagados, sobre todo en aquella llanura de Córdoba, que tenía muy mala fama, y sobre la que nos habían precisamente contado, durante la comida, historias muy recientes y lamentables. El mulero me puso en las manos a la pequeña en cueros. La envolví como pude en las corbatas de nuestros compañeros de viaje, y luego nos pusimos de nuevo en camino al trote para alcanzar la cola de nuestra caravana. La pobre parturienta sufría terribles dolores con aquel paso, pero no había otro remedio.

Llegamos a Córdoba ya de noche. Como íbamos a cierta distancia, todos los demás viajeros estaban ya instalados cuando la gente de la posada se acercó a nuestro carro. Viendo a alguien enfermo, pensaron que había sido víctima de un asalto. Conviene saber que, cuando las circunstancias son de tal naturaleza que puedan exponer, cuando se ha cometido un crimen, a las gentes del lugar a ser llamados para testificar, toman el partido de huir, a fin de poder decir, con la conciencia tranquila, que no han visto nada. Estos, pues, dejaron sus candiles en el suelo y desaparecieron. Por mucho que el mulero, adivinando sus motivos, los llamó, no volvieron a aparecer. Pasé una parte de la noche deshaciendo los bultos de la enferma para conseguir lo necesario para acomodarla a ella y a la recién nacida. Pero antes hubo que comer y, en aquella posada sólo ofrecían alojamiento. Y, además, lo difícil era dormir, pues millones de insectos de todas clases estaban en la casa al acecho. Nos vimos obligados a ir en busca de algún figón en el que hallamos, no sin esfuerzo, visto la hora tan intempestiva, algo de pan y unas lonchas de tocino frito.

A la mañana siguiente el convoy retrasó una hora la salida para permitirme que hiciera bautizar a la pobre pequeña, muy viva a pesar de las vicisitudes. Debo a esa

ceremonia el haber visto la magnífica catedral de Córdoba, que el Sr. de Custine y tantos otros han descrito con gran detalle. Se entenderá fácilmente que, al viajar de un modo tan incómodo, indispuesta y encinta de seis meses, no estuviera con muchas ganas, con el calor que asola Andalucía de las 12 a las 3 -momento del día en que nos parábamos-, de visitar monumentos. La pequeña bautizada fue, pues, el motivo por el que vi aquella admirable iglesia. Tras la ceremonia del bautizo -por inmersión, pues le metieron la cabeza en el agua de la pila- estuvimos una hora recorriendo aquel bosque de columnas. Los muleros vinieron a darnos prisa para salir. Llevaban provisiones para dos comidas que debíamos hacer al aire libre, pues aquel día no había ninguna posada en la parte del país que íbamos a cruzar.

Al salir de Córdoba se viaja durante una hora por medio de huertos de limoneros y olivos regados con abundancia, antes de llegar a la muralla de la ciudad antigua, de la que quedan aún vestigios. Eso da una idea, como en Italia los límites de la antigua Roma, de la inmensa superficie que ocupaba antaño esta gran ciudad de los moros.

Comimos, como estaba previsto, cerca de un pozo, en medio de una dehesa cubierta de ovejas. La vista no podía alcanzar la extensión de aquella llanura, de varias leguas de longitud y tapizada a trozos por una fina hierba y a trozos por mirtos enanos. Varios granados cargados de flores se alzaban junto al pozo. Aquella parada tenía un toque oriental que me complació sobremanera. Era preferible, de lejos, a los descansos de tres horas en horribles y sucias posadas, donde el calor resultaba aún más insoportable.

Durante el día siguiente y otros más cruzamos Sierra Morena y vimos las dos bonitas ciudades de La Carlota y La Carolina. Habían sido construidas por los colonos alemanes traídos a España por el conde de Floridablanca, gran ministro de Carlos III, y nos fijamos en que algunas trazas de la fisonomía germánica todavía no se habían borrado. Se